

Si sientes ¡oh Laura! penoso desvelo,
 Inquietos pesares, tristeza y afán;
 Si tu alma suspira de amargo recelo....
 Sus páginas abre, y en ellas consuelo
 Tus ojos verán.

¡ Feliz y envidiable la flor cuya historia
 Merezca y consiga tu dulce favor!
 ¡ Dichoso si ocupo tu casta memoria!
 Pues son mis ensueños de nombre y de gloria,
 Tu nombre y tu amor.

Noviembre.—1849.

FIN DE LA PRIMAVERA.



EL ESTÍO





SEÑOR D. EDUARDO FERNÁNDEZ SAN ROMÁN

TENGO el gusto de dedicar á V. mi segunda colección de Poesías.

Esto no satisface las atenciones, los favores ni la amistad que le debo.

Sólo pretendo que sea para V. este libro una prenda segura de la estimación y del afecto que le profesa su verdadero amigo

JOSÉ SELGAS.

MADRID 20 de Abril de 1853.





SERENATA

POESÍA DE DON EDUARDO GONZÁLEZ PEDROSO ¹.

Quizá al coger una rosa,
Que ostenta el pensil ufano,
Punzada sientas tu mano
Por tanta temeridad.

Quizá llores desengaños
Y mires trocado en humo
Lo que creíste bien sumo,
Lo que juzgastes verdad!

(En el álbum de PEPITA.)

Por el azul del cielo
La luna sube,
Como tus pensamientos.
Blanca y sin nube:

¹ Desde que oí leer por primera vez esta poesía, concebí la idea de llenar con ella las primeras páginas del *Estrío*. Su autor ha condescendido á mis reiteradas instancias, remitiéndomela con una carta, que publico en este lugar, por ser empeño suyo. La carta es la siguiente:

«Mi querido Pepe: no rehusaré para mis seguidillas el honor de salir á luz en la excelente compañía que les ofreces. Por mu-

Y á sus fulgores
Se levanta la estrella
De los amores.

Cual la modesta luna,
Claros y lentos,
Cruzan el cielo, niña,
Tus pensamientos.
Nunca en tu daño
Se levante la nube
Del desengaño.—

Guarda tus ilusiones,
Niña querida,
Que la ilusión es aire....
Mas da la vida.
Advierte, advierte,
Que donde el aire falta
Surge la muerte.

cho que la comparación les perjudique, quiero aprovechar este y cuantos medios se me presenten de fraternizar contigo. Tienes además derecho sobre ellas, porque son también hijas tuyas. Aspiré á expresar sentimientos puros, y tus versos me sirvieron de modelo.

»Lo único que rechazo son tus benévolas calificaciones. Has visto en mi pobre composición un germen de poesía; el amor á lo que es lícito, y respetable, y bueno, el cariño á mi mujer, y recibiendo este germen, tu alma y tu buena voluntad lo han convertido en árbol frondoso. Pero mucho va de lo que yo puedo hacer á lo que tu imaginación te representa. Soy, es verdad,

Son como el aire, niña,
Las ilusiones:
¿Quién coloca en el aire
Sus ambiciones?
Pero al perdellas,
¡Ay, el alma no puede
Vivir sin ellas!

Tal vez cuando recorras
Pensil galano,
Desgarradora espina
Punce tu mano:
Mas ¡ay! no llores;
Que aún es dulce la muerte
Que dan las flores!

Y aunque *la luz radiante*
De tu bien sumo
Desventurada mires
Cambiarse en humo,

un laborioso jornalero que escribe al año trescientos artículos de periódico; pero tú eres un poeta: eres el cantor de Laura.

»Ahí va la Serenata, conjunto de pensamientos propios y ajenos, bajo una forma cuya propiedad puedes reclamar legítimamente. Colócame en el rincón que más te plazca; pues, delante ó detrás, no ha de necesitar nadie que yo le cuente el cuento de Cervantes para comprender que *donde tú te pongas, estará la cabecera.*»

Bien se advierte cuánto gana esta colección empezando con una poesía tan tierna y tan delicada.

En tu delirio
Adorarás la causa
De tu martirio!

Un ruiñeñor moría
Por una estrella
Y asordaba las auras
Con su querella;
Y un lirio en tanto,
Que al ruiñeñor amaba,
Murió entre llanto.—

Ruiñeñor es el alma,
Dulce cantora;
La estrella es la mentira
Que la enamora;
Y la flor pura,
Que desdeñada muere,
Es la ventura.

Como tus pensamientos
Blanca y sin nube,
Ya por el horizonte
La estrella sube;
¡Nunca en su daño
Se levante la nube
Del desengaño!

Que á tu encendido labio
Que mayo pinta,
Tal vez diciembre robe
Su roja tinta.
Si se le veda
Su angelical sonrisa....
¡Ay! ¿Qué le queda?

No me preguntes, niña,
Por qué te quiero:
Sabe que por tus ojos,
Amante muero;
En cuya lumbre
Ha puesto la inocencia
Su mánsedumbre.

Por la casta pureza
Que hay en tu frente,
La acaricia tu madre
¡Tan blandamente!....
Niña morena,
Yo también te idolatro,
Porque eres buena.

Tiende por ese ambiente
De poesía
Tan generoso vuelo,
Paloma mía.

¿Qué te detiene?
El amor á tu puerta
Llamando viene.

El amor es la hiedra
Que al olmo enlaza;
Tal vez al tronco oprime
Cuando le abraza:
Mas dale tierno
Su regalado abrazo
Verdor eterno.

Pura como el aliento
De los jazmines
Te apellidan su hermana
Los serafines;
Y en yugo blando
Mil y mil corazones
Vas cautivando.

Mil corazones rindes
Á tus prisiones,
¡Ay, quién te diera, niña,
Mil corazones!
¿Los apeteces?
¡Toma el mío, señora,
Mil y mil veces!



INTRODUCCIÓN

¿DÓNDE están los perfumes y las flores,
Que ante mis ojos desplegar solía
La risueña estación de los amores?

¿Dónde el brillante sol, el claro día,
La blanda noche y la modesta luna,
Y dónde están mi amor y mi alegría?

¿Quién enciende esta sed que me importuna?
¿Por qué al buscar mis ilusiones bellas,
¿Desengaño cruel! no hallo ninguna?

Puras como la luz de las estrellas
Eran, y las perdí; y en vano ahora
Sé que no puedo ya vivir sin ellas.